

lazo de unión, y como el gran elemento de prosperidad para una Nación trabajada tanto tiempo hace por las discordias intestinas.

La Romería mexicana ha sido recibida en el extranjero y acogida por el Santo Padre, como la representación de un pueblo eminentemente católico, estrechamente unido por la fe, y dispuesto á conservar incólume ese sagrado depósito, como el medio principal de engrandecerse y de hacerse fuerte.

La excursión religiosa de los católicos mexicanos ha sido además una prueba evidente de la vitalidad del Catolicismo en México, y un testimonio irrecusable de los esfuerzos que estaremos dispuestos á emplear siempre que se trate de dar á conocer de lo que somos capaces y de lo que podemos hacer en bien de la Religión y de la Patria.

La importancia de la Peregrinación á Roma llevada á cabo por los católicos mexicanos, sube de punto si se considera que es la primera excursión de su clase que se organiza no solamente en la República sino en América, y es honroso para nuestra Nación y debe ser altamente satisfactorio para nosotros haber sido los primeros en realizar una empresa de la magnitud de la que acabamos de consumir.

En cuanto á las trascendencias que para el Catolicismo y para el País tendrá la realización de esta gran empresa, bastará fijar por un momento la atención en los benéficos resultados que va á producir para la Religión en México, el interés que ha despertado en la Santa Sede nuestro fervor religioso y nuestra abnegación llevada hasta el sacrificio, emprendiendo un viaje tan largo con el exclusivo objeto de presentar al Santo Padre en persona las sinceras manifestaciones de nuestra catolicidad. De hoy en adelante el Vicario de Jesucristo, que sobrados motivos de queja tenía de nosotros como Nación por los actos y las omisiones de nuestros gobiernos, verá en la abstención oficial y aun en los ataques á la Iglesia en nuestra Patria, solamente la obra de circuns-

tancias políticas á que no hemos podido sobreponernos, y la responsabilidad de una situación que somos los primeros en lamentar, ya no se atribuirá á los mexicanos, sino á la influencia de ideas y de principios que no hemos tenido todavía el tiempo de hacer desaparecer.

Y basta que hayamos logrado despertar ese interés en nuestro favor, para que debemos esperar con fiadamente que Roma acudirá en nuestro auxilio y alcanzaremos el remedio de muchos de los males que lamentamos, y de los que nos puedan sobrevenir.

Concretándonos al interés puramente social, nuestra Patria tiene que recoger abundantes frutos de la excursión que acabamos de hacer. Nadie desconocerá que es útil para nosotros visitar el extranjero, estudiar otros usos y otras costumbres, inspirarnos en las ideas de verdadero progreso y civilización; salir del estrecho círculo en que vivimos encerrados y aspirar por estos medios á nuestro perfeccionamiento individual y colectivo. Dado está el primer paso en este camino. De esperarse es que no nos detendremos aquí. Ya saben los mexicanos que se pueden recorrer grandes distancias fuera del país sin los inconvenientes que tanto se habían abultado, sin los peligros que se nos exageraban y sin los costos que antes retraían á la generalidad. A la excursión que acabamos de hacer, seguirán otra y otras y no tardaremos en recoger los frutos de este movimiento hasta ahora desconocido.

Es por lo mismo conveniente que todos sepan cómo se organizó nuestra expedición, cómo la realizamos, qué impresiones recibimos, qué provecho hemos sacado de ella. Tal es el objeto de estas memorias.

Fiel narrador de los hechos el autor no se limitará á consignar sus propias impresiones; apreciará los sucesos y las cosas con el criterio de las ilustradas personas que formaron en la excursión, y aun se servirá en muchos casos de las mismas expresiones de sus compañeros de viaje, incrustando algunos

diálogos que además evitarán la monotonía del relato. Al rectificar muchas de las falsas especies que durante la excursión fueron vertidas en papeles y en correspondencias publicadas en nuestra República, recurrirá al testimonio de los mismos excursionistas y al de personas imparciales, testigos de los acontecimientos. En todo procurará presentar la verdad, sin ocultar nada que tienda á esclarecerla.

Aun cuando las apreciaciones artísticas pudieran parecer ajenas del objeto de este libro, para amenizar el relato no omitirá el autor las que ha podido formar delante de las obras y monumentos antiguos y modernos que personalmente ha visitado.

Una obra como la presente exigía ser escrita en un estilo esmerado y hasta florido; pero las escasas dotes intelectuales del cronista y la brevedad con que ha tenido que escribir, no le han permitido ni aun limar sus composiciones. La indulgencia del público se dignará favorecerle, y espera que haciéndose abstracción de la forma, este pobre trabajo sea acogido con interés, por lo que en el fondo contiene y por las elevadas miras que han inspirado al que lo da á luz.

México, Agosto de 1888.

PRÓLOGO

PARA hacer un completo elogio de la obra cuyo prólogo escribo, serían insuficientes muchas páginas, por más que el del autor pudiera reducirse á la siguiente frase: "para tan grandes hechos, tal cronista."

Porque la Peregrinación mexicana á Roma formará época en los anales del Cristianismo; la historia la consignará entre sus más brillantes páginas y la patria agradecida conservará por siempre su recuerdo. Las dificultades de la empresa por razón de la distancia, las penalidades sufridas en el camino, la constante piedad y espíritu de sacrificio de que tantas pruebas dieron los peregrinos, la caridad que entre ellos reinaba auxiliándose unos á otros como tiernísimos hermanos, todo, todo se consigna con vivos colores en la Historia de la Peregrinación, para demostrar que no fué un viaje de placer el que los mexicanos emprendieron, sino de piedad y amor á la Santa Iglesia.

Los mexicanos veían con emulación nobilísima esa especie de plebiscito, que la Providencia, en sus inexcrutables y misteriosos designios, congregaba al pie del trono de San Pedro, para declarar al Papa con voto unánime rey en el orden eterno, rey también por derecho divino en el orden temporal. Veían que aun los infieles, herejes y cismáticos acudían á este plebiscito universal..... ¿y solamente los mexicanos no? ¡ellos que tienen la fe como el más preciado de sus blasones! ¡Oh! esta abstención no podía ser. Y allá fueron; y la distancia y las penalidades acreciendo su mérito, no hicieron mas que aumentar su celo y su fervor.

Consignar la crónica de todo esto sin hacer un simple relato de viajes como tantos que existen ya, sino estudiando el espíritu de la Peregrinación y el sentir de los peregrinos, para mostrar que desempeñaron una misión providencial, patriótica y santa, no era por cierto empresa tan fácil, cuando esa historia había de satisfacer al lector cristiano, al historiador y al artista; pero fácil ó no, el peregrino que escribió este libro ha llevado al cabo esa empresa con el auxilio de Dios, porque hay en dicho libro un juicio crítico imparcial, hábil, poético para juzgar de cuadros, estatuas y monumentos; hay profundos conocimientos históricos y sano criterio para referir en breves frases lo más notable de las ciudades por do cruzaba la Peregrinación; y hay en él, sobre todo, una fe profunda, un fuego que brota de sus páginas, para describir lo que el católico siente en presencia del Papa, visitando los monumentos de la antigüedad cristiana, recorriendo el Colosseo donde los mártires pelearon y las Catacumbas donde duermen su gloriosísimo sueño.

Este libro, que al principio salió anónimo, ha dejado de serlo ya; pues su autor, venciendo á instancias de varios amigos, su deseo de oscuridad, ha revelado su nombre en las últimas páginas. Debíó hacerlo así, ya no por él, sino por la Patria que se debe á sus buenos hijos y especialmente por la familia del mismo autor; toda vez que el buen nombre forma parte de una herencia y no hay derecho para usurparla á nuestros hijos.

El solo error que cometió el autor de este libro, consiste en haber confiado su prólogo á mi tosca y desaliñada pluma. Cedió á sus instancias y hago lo que puedo. Si Dios que ve los corazones reserva al autor premios por su recta intención; si la sociedad le paga con vivo aprecio, ¿qué menos puede hacer que tributarle este corto homenaje el último de sus amigos?

Francisco Flores Alatorre.

UNA PALABRA AL LECTOR

ESTA obra, como su mismo título lo dice, es la historia de la primera peregrinación mexicana á Roma. Su lectura será de grande utilidad á los católicos, pues ella les servirá para avivar en todo tiempo su fe, y para robustecer su amor á una religión que, establecida en el mundo por medio de innumerables prodigios, no deja de obrarlos todavía, después de 19 siglos que lleva de existencia, y de ser la única engendradora de la moderna civilización, gloria de los pueblos que viven en la redondez de la tierra. En este libro se tendrán siempre á la mano todos los detalles que antecedieron, acompañaron y siguieron á un acontecimiento que, dos siglos atrás ó menos, se hubiera considerado como una leyenda ó como una fábula. La fe cristiana y el amor á la religión del Crucificado han sido, donde aquella no vacila, y ésta es verdaderamente amada, fuente inagotable de poder para la humanidad, que con una y con otra acota, por decirlo así, los límites de lo imposible.

La primera peregrinación mexicana á Roma fué principalmente un acontecimiento religioso, por la causa que lo inspiró, por la manera con que se llevó á cabo y por el fin que se propusieron los que acometieron la empresa.

Es claro, y se halla en la conciencia de todos, que, aunque la romería mexicana tuvo por objeto inmediato honrar al sabio Pontífice que rige hoy con mano firme la nave de la Iglesia, fué por cuanto á que él representaba al Cristo, fundador de la misma Igle-

sia. De suerte que la honra hecha al Sr. León XIII, fué honra hecha á su Divino Representado. Así es que los motivos y fin de la peregrinación fueron, en realidad y principalmente, religiosos.

Por lo que mira á los medios de su realización, no hay página que se refiera al glorioso é inolvidable viaje, en el libro de que hablamos, que no convenza á cualquiera de que la religión y sus prácticas presidieron á todos ellos. Los ferrocarriles, que condujeron á los peregrinos por tierra, y los vapores, que los llevaron por mar, se convirtieron en verdaderos templos, en los cuales se oraba y cantaban alabanzas al Criador de todas las cosas y á la Virgen Inmaculada.

Los mexicanos no debemos olvidar este acontecimiento, sin ejemplo en nuestra historia, porque él justifica la piedad nunca desmentida de nuestra católica nación, y su sincera é inquebrantable adhesión al Vicario de Jesucristo, centro de gloriosa unidad, y maestro infalible de verdad. Para que no se olvide, y si se olvida, se recuerde, se ha escrito la obra que se ha estado publicando, y hoy termina. En toda biblioteca y en cada familia, debe encontrarse un ejemplar de ella, como brillante testimonio de lo que pudieron hacer algunos de nuestros felices compatriotas, y como estímulo, siempre que refresquemos, leyendo alguna de tantas escenas conmovedoras como en él se narran, para imitarlos más tarde, los que no pudimos acompañarlos. ¡Qué glorioso fuera para México, hoy que el gran León XIII es víctima de feroces atropellos, y blanco de bárbaros ultrajes, mandar algunos millares de sus hijos á la Ciudad Eterna; y allí, en presencia del regio verdugo, protestar contra tamaña indignidad, y contra tan infames, cobardes y sacrílegos atentados! ¡De cuánto consuelo sería al Padre común de los cristianos el noble proceder de esta infortunada, pero amantísima porción de su rebaño, que es el rebaño universal!

Pero nos distraía del objeto de estas cuantas lí-

neas el triste recuerdo de tanta desventura y nuestro íntimo y profundo deseo porque, ya que en días cercanos no cese aquella, como al Dios Omnipotente y bueno se lo pedimos, reciba el inmortal paciente el alivio de la tribulación que por esto padecen sus hijos, y los sinceros votos que hacen, desde que nace el sol hasta que muere, por su íntegra libertad, independenciam incondicional de todo humano poder, y soberanía absoluta en el gobierno de la Iglesia; la cual soberanía es hoy inconcebible, por decretos y miras misteriosos de la Providencia, sin el imperio temporal sobre el territorio usurpado por los ingratos vástagos de la Casa de Saboya.

Volvamos á nuestro asunto, y digamos algo más acerca de la obra que nos ocupa, y que reputamos interesante, aun considerada desde puntos diferentes de vista, pero que tanto atractivo encierran para los aficionados á leer en los días que corren y hemos alcanzado.

La dicha obra, demás del interés religioso en que nos hemos fijado, que no es poco, y que domina sobre todo, tiene también interés geográfico, científico y artístico, pues el autor no se limita á la mera crónica de los sucesos de la peregrinación, sino que describe, casi siempre con ingenuo entusiasmo y galano estilo, los objetos más grandiosos que se presentan á su contemplación, en el largo camino de su viaje, como el Océano, el Niágara, Nueva York, Roma, etc. Nos dice sus impresiones, y nos da una idea de las costumbres de los pueblos que va visitando. Razona como filósofo en presencia de aquellas y de las varias instituciones bajo que cada nación por que pasa, está organizada, sin dejar de hacer notar las diferencias que observa, en el ligero cotejo que establece entre ellas y las nuestras. Nos da á conocer los principales monumentos de arquitectura, de escultura y de pintura de la clásica Italia. Juzga, encomiando las más veces, y censurando algunas, á pintores como Miguel Angel, y obras como las suyas. No podemos afirmar si en este punto pro-

cede con acierto, pues somos profanos, y nos son enteramente desconocidos los objetos que somete á su estudio. Sin embargo, coincide, en algunos de los juicios que forma, con opiniones que hemos leído de inteligentes y autorizados escritores. Esto nos inclina á creer que el autor de la *Historia de la primera Peregrinación Mexicana á Roma*, no anda sin compañeros en el resbaladizo terreno en que ha querido poner la planta.

En suma, la obra es del linaje de las que escribieron Chateaubriand y Lamartine, Alejandro Dumás y Alarcón. Instruye y recrea al mismo tiempo, aunque su mérito principal sea el de contenerse en ella cuanto se refiere al gran suceso de la gloriosa romería.

Creemos, que aun nuestra literatura ha ganado con la publicación de esta obra, bajo el aspecto religioso importantísimo.

Un amigo del Autor.

México, Agosto 20 de 1888.